

comunica el amor, nuestras palabras despertarán de su tibieza á muchas almas estacionadas en el camino del cielo, y servirán de estímulo y acicate aun á las más fervorosas y devotas, como acontecía á Santa Catalina de Sena. Refiere el Beato Raimundo de Capua, su confesor, que cuando hablaba esta Santa, eran sus palabras como saetas encendidas, y ni uno solo había que, oyendo aquel hablar abrasado, no participase de sus efectos (1).

A vosotras acontecerá lo mismo, hermanas mías, si procuráis adquirir esta devoción, este fervor de alma enamorada de Cristo; ejerceréis también en torno vuestro un influjo bienhechor maravilloso, porque la religiosa devota y fervorosa en cuyo corazón mora el Espíritu de Dios (2), no puede menos de atraer los corazones, porque el ejemplo convence y arrastra mucho más que las palabras, y las almas se sienten subyugadas y movidas á reformar sus costumbres *apartándose del mal y practicando el bien* (3). Y como el oficio de poner á las almas en camino de salvación es oficio de apóstol, podréis vivir con la esperanza consoladora de recibir después de la muerte dos coronas: la de apóstol y la de virgen, para gozarlas eternamente en la gloria.

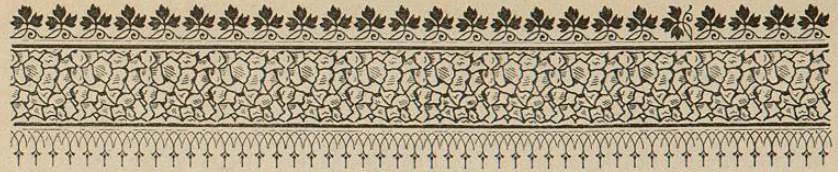
(1) Vida, cap. VI.

(2) Rom., VIII, 9; I. Corinth., III, 16.

(3) Psal. XXXIII, 15.



DEL PECADO VENIAL



DEL PECADO VENIAL



LA razón y la experiencia enseñan que no todo lo que aparece pequeño y sin importancia á los ojos del cuerpo, merece olvido ó desprecio. Y á la verdad: ¿qué cosa más pequeña que la chispa despedida del fuego?; y no obstante, puesta en contacto con alguna materia inflamable, producirá un horroroso incendio capaz de propagarse *como centella que discurre por un cañaverol* (1), y abrasar y reducir á pavesas toda una comarca. Así lo dice el Espíritu Santo: *Una sola chispa levanta un incendio* (2). ¿Qué cosa más tenue y ligera que el vaporcillo que, emanando de la tierra, sube hasta las altas regiones de la atmósfera?; y sin embargo, allí forja el rayo mortífero que lanzará á la tierra con horrísono estruendo; allí endurece las piedras que arrasarán dilatadas campiñas abastecidas de frutos; allí congrega las aguas que caerán á torrentes sembrando el espanto y la ruina en vastísimas comarcas. *Pequeña semilla es un grano de mostaza; pero*

(1) Sapient., III, 7.

(2) Eccli., XI, 34.

sembrado en la tierra, crece y hácese árbol tan frondoso, que las aves pueden reposar debajo de su sombra (1). Esto que sucede en el orden físico, acontece también en el orden moral, en la esfera de las costumbres. Una palabra indiscreta, una mirada curiosa, una lectura inmoral, una alusión intencionada, un juicio temerario, una mera sospecha... como nada de esto sorprende, no se le da importancia; y no obstante, cualquiera de estos pequeños actos suele ser la chispa que levanta un incendio formidable; suele ser el tenue vaporcillo condensado en el corazón donde se forman las tempestades del alma; suele ser el grano de mostaza que ha crecido y se ha hecho un árbol grande que ha producido muchos frutos de muerte.

Ahora bien, hermanas mías: ¿deseamos nosotros vivir al abrigo de estas frecuentes tempestades del corazón y que nuestro espíritu repose en dulce calma en las apacibles moradas de la confianza? Pues no miremos nunca con indiferencia los pequeños obstáculos de que están sembrados los caminos del espíritu. No condescendamos jamás con los primeros movimientos de nuestras pasiones y apetitos depravados, porque los resultados serían funestísimos para nuestras almas. En una palabra—y este es el asunto,—debemos declarar guerra á muerte al pecado leve, 1.º, por la malicia que entraña; 2.º, porque conduce al pecado mortal; 3.º, por los castigos que merece.

Al tratar del pecado venial, no me refiero á las faltas que se suelen cometer como por sorpresa, por mera fragilidad y sin plena voluntad, porque de este linaje de pecados nadie está libre. Fatal necesidad que obligaba á exclamar á San Pablo: *¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muer-*

(1) Matth., XIII, 31-32; Marc., IV, 31-32.

te? (1). No hablo de estos pecados; aludo únicamente á los que se cometen con reflexión y á sabiendas; me refiero á los pecados leves que se hacen por costumbre, contra todos los remordimientos de la conciencia, en cualquiera ocasión, por el más liviano motivo, so color de que no son más que pecados veniales y que Dios no los castiga con pena eterna. Este es el pecado que debemos evitar á toda costa, con la gracia de Dios; pecado enorme, pecado que debe alarmar nuestras conciencias, porque si paramos mientes en la malicia que entraña, sin duda ha de horrorizarnos.

Malicia que entraña. En efecto: el pecado venial, con relación á Dios, constituye una verdadera ofensa suya; envuelve un desprecio á su divina Majestad, una enorme ingratitud á su bondad infinita, un indigno abuso de su omnipotencia, una resistencia á su soberana voluntad y una disminución de su gloria accidental. Cada uno de estos efectos necesitaría un libro, si hubiera de ponderarse como merece. Escuchad lo que enseña la fe acerca de la malicia de este pecado. Dícenos que el pecado leve es un mal peor que todos los males del mundo, sin exceptuar la muerte ni el infierno. Luego podemos inferir que, si por una leve mentira lográramos convertir á todos los herejes, infieles é idólatras del universo; librar del purgatorio á todas las almas; sacar del infierno á todos los condenados; asegurar la salvación eterna de todos los hombres que han existido y existirán hasta el fin de los siglos, no nos sería lícito proferirla, y antes deberíamos consentir y querer la ruina del universo, la pérdida espiritual de todos los hombres y la eterna condenación de los réprobos, que la más leve ofensa de Dios.

Además, dicen los Santos Padres que es preferible ser poseído del demonio, padecer en el cuerpo los más agudos

(1) Rom., VII, 24; Sapient., IX, 15.

dolores y hasta ver nuestra alma ardiendo en el infierno, que manchada con un solo pecado leve. Luego antes que dejarnos arrebatados de un movimiento deliberado de impaciencia, por ejemplo, debemos estar dispuestos á padecer cuantos acerbísimos dolores, enfermedades y desgracias puedan imaginarse; cuantos tormentos y torturas padecieron los mártires de todos los siglos y hasta á padecer por toda la eternidad el fuego del infierno; y allí, desde el fondo de aquellas simas incandescentes, deberíamos exclamar á cada instante: «Cuanto padezco, constituye un mal infinitamente menor que la más ligera falta voluntaria». Esta doctrina es cierta, hermanas mías; es dogma de fe y no se la puede poner en duda sin impiedad. La razón es, porque la pena eterna es un mal inferior sin comparación á la injuria que inflige á Dios la culpa, por leve que sea. Por tanto, un solo pecado venial ofende más á Dios, que gloria le dan las eternas alabanzas de todos los bienaventurados. Ya no extraño que Santa Catalina de Génova llegara á decir, que si se hallase en el infierno, y para librarse de aquellos tormentos no tuviera otro medio que cometer un pecado venial, preferiría quedarse en el infierno por toda la eternidad, antes que ofender levemente á su divino Esposo (1). No me maravilla que Santa Teresa dijera á sus monjas, «que mayor daño las podía venir de un pecado venial, que de todo el infierno junto» (2). Ahí tenéis expuesta en ceñidas palabras la malicia que entraña el pecado leve. Otro de los motivos que deben inducirnos á evitar este pecado es porque

Conduce al pecado mortal. Aunque el pecado venial no quita ni disminuye el hábito de la caridad, como prueba Santo Tomás (3), causa, no obstante, grandes males en el

(1) Mansi, tract. 76, disert. 16.
 (2) Vida, cap. XXV.

(3) I. 2, q. 89, art. 1.

alma, porque la fatiga, la aflige, la detiene en el camino de la virtud y la dispone para cometer el pecado mortal. En efecto: ha dicho el Espíritu Santo: *Quien desprecia las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer en la ruina* (1). Esta es una de las más indefectibles máximas de la religión; pues, como dice San Agustín (2), «el alma que comete faltas voluntarias, siquiera sean leves, pronto contrae el hábito de pecar sin remordimiento, y este hábito enflaquece y debilita las fuerzas del espíritu necesarias para ejercitar las virtudes y luchar contra las tentaciones; esta costumbre de pecar va como ensanchando la conciencia y el alma va perdiendo el temor que antes tenía de ofender á Dios»; y como por otra parte Dios, para castigarla y corregirla, la priva de las gracias especiales que conducen á la perfección (3), el alma ya no halla gusto en la práctica de la virtud, y si bien no abandona enteramente los ejercicios de piedad, pero los hace sin atención ni devoción, los practica por costumbre, con languidez y á más no poder, y vedla ya, hermanas mías, á plomo del abismo.

He dicho que Dios niega sus gracias especiales al alma que habitualmente comete el pecado leve, y voy á demostrarlo. El alma, para conservarse sin pecado, necesita el socorro continuo de la gracia (4) de tal manera, que si Dios dejara un instante de sostenerla y conservarla con su amorosa Providencia, sucumbiría inmediatamente y quedaría hecha esclava de Satanás (5). La gracia obra la fidelidad del justo, es cierto, pero también lo es que la fidelidad del justo atrae la gracia á su alma. Por tanto, si deja de corresponder, se suspende la gracia; *si no negocia con el talento, se le*

(1) Eccli., XIX, 1; Luc., XVI, 10.

(2) Epist. ad Seleuc.

(3) II. Reg., VII, 15; Isai., V, 5;
 Matth., XXV, 29.

(4) Joann., XV, 5; II. Corinth., III, 5.

(5) Joann., VIII, 34.